cien pesetas, de las cuales noventa eran para el barbero; las diez restantes me bastaban para comprar polvos de arroz, horquillas y alguna que otra chuchería.

Pasaban las horas dulcemente y pasaron tantas y tantas... que se llevaron el invierno. Fué aquélla una de las épocas más tranquilas de mi vida. Aunque privada bruscamente de mis primeros afectos, era feliz; las grandes convulsiones morales habían trastornado mi espíritu, sumiéndolo en una modorra inaccesible al dolor; era el contento estúpido de esos cretinos que ríen inconscientes. Teodora parecía profesarme buena amistad, y algunas noches salía conmigo, llevándome siempre como á señora por el andito de la acera; yo aceptaba gustosa su compañía y hasta la quería, si bien con el amor distraído que inspiran los inferiores. Ni ella, ni su marido, hablaban jamás de mis padres y Joaquín, siempre que me dirigía la palabra, me llamaba «señorita.» El pasado, entretanto, iba reculando, perdiéndose bajo las brumas de un horizonte remoto, sin que ni una carta, ni el encuentro con una persona conocida, ni la noticia más leve, viniera á recordarme mi antiguo vivir.

Los viajes me enseñaron que las ciudades, como los individuos, tienen un carácter, un temperamento: en aquella época el espíritu movedizo y aventurero de Madrid, fué apoderándose rápidamente del mío; el alma turbulenta de la gran ciudad era draga agitadora del légamo que en mi pensamiento dejaron copiosas y mal digeridas lecturas: me atrían la hermosura de sus calles, el fausto que indudablemente invadía el interior de aquellas mansiones aristocráticas por cuyos espaciosos zaguanes Teodora y yo veíamos ir y venir á los porteros metidos en majestuosos gabanes azules y con largas patillas blancas; el lujo acumulado sobre las mujeres que adornaban los palcos en las solemnidades teatrales, y por cuyas manos y escotes cuajados de joyas, mis ojos de provinciana ambiciosa paseaban desde las altas galerías miradas insaciables. Todo, hablando á mis oídos con el musiteo fascinante de la tentación, parecía repetirme: «Si tú quisieses...» cual si tantas superfluidades estuviesen al alcance de mi voluntad: y aquella voz que yo imaginaba haber escuchado entre sueños, cuando niña, electrizaba mis nervios, reanimándome como reanima todo lo que nació y creció con nosotros: al viejo héroe, el lejano fragor de una batalla; al artista, los vítores de la muchedumbre; al marino, el clamoreo eternal de las olas.

Desde que empezaron las buenas noches primaverales, Teodora y yo paseábamos después de cenar dirigiéndonos hacia la Puerta del Sol por las calles San Bernardo y preciados, y regresando inmediatamente á casa por las de Fuencarral, Desengaño y Luna: eran excursiones monótonas que realizábamos metódicamente, como quien cumple una obligación, y que no costaban dinero. Teodora se divertía narrándome su historia, que rellenaba de episodios y divagaciones interminables: la barbería fué comprada con dinero que ella había ganado; Joaquín, aunque bueno, era perezoso y, con los años, iba aficionándose á la bebida...

Seguía hablando, irritándose contra los transeuntes que la empujaban, obligándola á callar: yo la oía distraída, como se oyen las conversaciones de los niños, mirando los escaparates de las joyerías, siguiendo con los ojos á las mujeres elegantes que iban en coche. Una noche pregunté á Teodora:

—¿En qué se distingue á las mujeres de vida alegre? Hablo de las ricas.

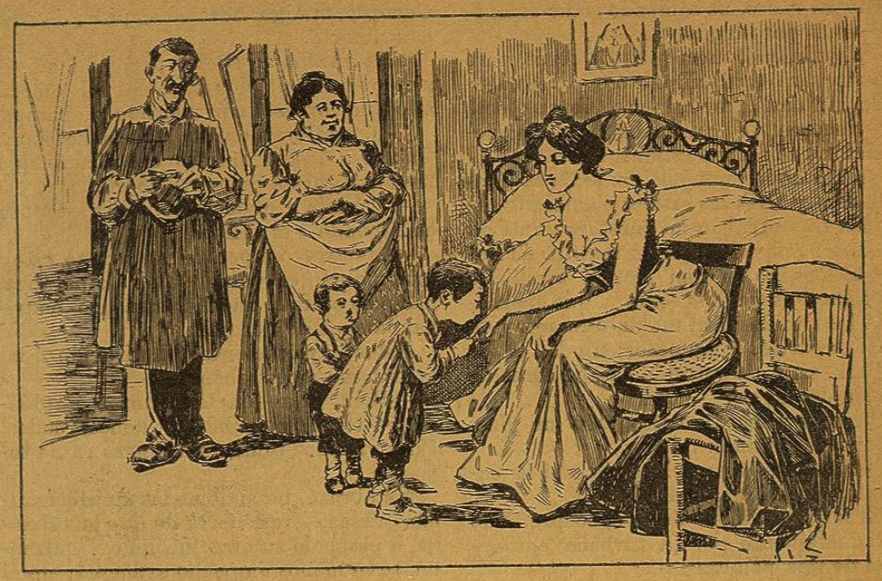
Contestó sencillamente:

—¿Qué se yo?... En su tipo, en sus perfumes, en su modo de vestir...

—¿Conoces alguna?

—Personalmente, no, pero sí de vista; ya te avisaré.

¡Quién sabe si su instinto plebeyo, propenso á la murmuración y á la desconfianza, calificó de hetera á más de una matrona impecable por el solo hecho de ir bien vestida!... Lo cierto es que conocí á las cortesanas que entonces estaban más en boga, y todas eran jóvenes, elegantes,



...adquirieron la servil costumbre de acudir todas las mañanas á besarme la mano... (Pág. 28)

llamativas: me impresionaron fuertemente sus cabelleras de oro ó de endrina, sus semblantes pálidos, sus ojos hermosos velados por la triple ponzoña de la tristeza, la ambición y el ensueño; pasaban en landós que huían veloces; un polvillo dorado parecía flotar sobre las plumas de sus grandes sombreros; los hombres volvían la cabeza para mirarlas, y su admiración y sus deseos las perseguían hasta muy lejos; cada una de ellas tenía una leyenda: por ésta se había suicidado un marqués; por amor á otra, un calavera arruinado estaba en presidio... Yo las contemplaba suspensa, examinando de refilón sus manos enguantadas, manos soboncitas y sabias que parecían descansar de tantas caricias sobre los regazos de seda. Por las noches, cuando regresaba á mi cuarto, aquellas impresiones dormían conmigo, estimulando mi ambición, convirtiendo mi lecho en yacija de espinas. «¿Por qué no vencer como vencen otras mujeres menos bonitas?...» repetía la voz tentadora.

Una noche, después de cenar, salí sola; Teodora, que tenía un niño enfermo, no pudo acompañarme. Según costumbre subí la cuesta de la calle Reyes, dirigiéndome por la de San Bernardo hacia la Puerta del Sol: al cruzar la Plaza de Santo Domingo me detuve ante el escaparate de una camisería: las luces eléctricas reverberando sobre las blancas pecheras de las camisas, producían un resplandor crudo que iluminaba mi rostro fuertemente de abajo á arriba, dándole una expresión de cansancio que entonces no tenía. De pronto comprendí que estaban observándome; fué algo magnético que corrió sobre mi piel, obligándome á volver la cabeza: era un hombre como de treinta y cinco á cuarenta años; estaba en pie, muy cerca de mí, escudriñándome atentamente; traspasando mi pobre trajecillo de verano llegaba á mi carne el calor de su cuerpo saludable y robusto: de una ojeada aprecié sus botas de charol, su gabán blanco, su sombrero de copa, la serenidad aristocrática de sus facciones. Con-

tinué mi paseo, no sabiendo cómo componérmelas para lograr que mi cortejador me abordase; él me seguía de cerca, pero sin atreverse á zurcir el diálogo, desorientado, sin duda, por mi apetecible aspecto provinciano: yo caminaba perpleja, deseando y temiendo simultáneamente el abordaje de lo desconocido: tenía la lengua seca y frías las sienes; zumbidos extraños trastornaban mi cerebro; quizá mi verdadero porvenir empezaba allí. Al llegar al Postigo de San Martín torcí á la derecha, buscando la sombra, que enardece á los tímidos; allí me detuve mirando á todas partes, como desorientada: el caballero, siempre retraído pasaba cerca de mí sin detenerse.

Su rara cobardía estropeaba mi plan: entonces pregunté:

—Señor; ¿sabe usted dónde está la calle de... de Fuencarral?

El interpelado se detuvo, sorprendido agradablemente por la turbada entonación de mis palabras.

—Va usted por mal camino—dijo.

—Si pudiera usted indicarme cuál debo seguir...

—Mejor es que la acompañe.

Vacilé; él insistió.

—No tengo nada que hacer; por otra parte, si la dejo á usted sola, volvería usted á perderse.

Cedí: aquella noche volví á la barbería llevando en el corsé un billete de cincuenta pesetas. Al día siguiente el regocijo que me causaba la inesperada posesión de aquel tesoro era tan grande, que se lo enseñé á Teodora, cuyos ojos brillaron codiciosos. Yo dije que aquellos diez duros me los había dado una señora amiga de mi madre, á quien encontré en la Puerta del Sol, y que, lejos de reñirme, me colmó de buenos consejos, ofreciéndome su casa y prometiendo ayudarme con cuanto pudiese: mientras hilvanaba con visible torpeza este cuento inverosímil, Teodora me escuchaba dando muestras de credulidad y ufanía. Yo, queriendo hacerla participar completamente de mi contento, añadí riendo:

—Ya ves, ¿qué te parece?... soy rica. Con que, si algo necesitas, pide; la caja está abierta.

Ella miraba al suelo, perpleja: adivinando sus vacilaciones, repetí mi oferta, á lo que contestó con mentido embarazo:

—Si pudieras darme veinte pesetas... Ya te las descontaremos del dinero que me entregues á primeros de mes.

—Cambia y quédate con ellas—repuse entregándole el billete.

—Me atrevo á pedírtelas porque estoy muy pobre: el verano todo lo paraliza, nadie se afeita... anoche tuve que empeñar la capa de Joaquín.

Estas explicaciones, humillando á mi amiga, me molestaban.

—Bien, bien—exclamé interrumpiéndola;—toma y nada me debes; nada... Pues vivimos juntas, mi dinero es de todos.

Me abrazó, besándome las mejillas muchas veces: estoy cierta de que la taimada, á pesar de su aire encogido y gazmoño, tuvo menos empacho al aceptar aquel dinero que yo en ofrecérselo.

A la noche siguiente volví á ver á mi nuevo amante, cuyo nombre mi ingrata memoria no recuerda: estuvimos en el café del Siglo, luego subimos á un coche que nos llevó por Recoletos hasta el Hipódromo; el hablaba acariciándome las manos; me aseguró que era rico y que, si yo fuese juiciosa, no tendría inconveniente en vivir conmigo.

—Aunque eres muy joven—decía,—debes velar por tu porvenir; los años pasan pronto; escarmienta en mí; ayer era un niño y hoy tengo la barba llena de hilos blancos...

Yo le escuchaba distraída, pareciéndome que me hablaban de algo muy distante, casi inaccesible, remotísimo como el origen del mundo. De pronto me echaba á reir y le besaba porque sí, sin deseos; él reía también, llamándome loca. Como todo hombre muy vivido, era dulce y paciente, y creo que, á durar algo más nuestras relaciones, hubiera llegado á quererle, no obstante parecerme algo raro: siempre había en sus miradas y en sus silencios una gran tristeza; desengañado de

todo, el pobre temía enamorarse formalmente de mí. Aquella noche me acompañó hasta la puerta de mi casa: al darme la mano sentí que me entregaba un papel; parecióme que tenía los ojos húmedos: después me besó en la frente y se alejó rápidamente, volviendo la cabeza, como quien huye ó se despide. Cuando iba muy lejos, miré el papel que me dió: era un billete de cien pesetas: á un lado, en lugar muy visible, leí la palabra «adiós»...

¿Quién la había escrito? ¿Era mi amigo?... Yo no conocía su letra. Y si era él, ¿de quién se despedía? ¿Del billete ó de mí?... Lo primero, era bufo; lo segundo, triste y raro. Al día siguiente por la noche fuí á buscarle al sitio donde estábamos citados, y no acudió; al otro día, tampoco; no he vuelto á verle más...